

Orlando Araujo

NUESTRO ETERNO COMPAÑERO DE VIAJE

JUVENTUDES
COMANDANTES★



Impulsos Editoriales de Venezuela
Fundación Editorial

IMPULSOS
el perro y la rana

diversidad

Las palabras del Comandante Chávez “Hoy tenemos Patria” nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra conciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprendernos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del nosotros histórico, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

**¡Vivan los poderes
creadores del Pueblo!**

¡Chávez Vive!

ORLANDO ARAUJO

NUESTRO ETERNO COMPAÑERO DE VIAJE

© Orlando Araujo
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2015

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve



@perroyranalibro



Editorial perro rana



Editorial el perro y la rana



perroyranalibro



Editorial El perro y la rana

Edición

Luis Lacave

Corrección

Álvaro Trujillo

Portada, ilustraciones y diagramación

Arturo Mariño

ORLANDO ARAUJO

NUESTRO ETERNO COMPAÑERO DE VIAJE



Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DL 40220158002712
ISBN 978 980 14 3079 7



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



ORLANDO ARAUJO



Poeta, narrador, ensayista, periodista, profesor universitario y economista venezolano, nacido en Calderas, estado Barinas, el 14 de agosto de 1928 y fallecido en Caracas el 15 de septiembre de 1987. Hijo de Sebastián Araujo y Edén Chiangarotti. Cursó la primaria en Calderas, Boconó y Barinitas, la secundaria en San Cristóbal y Caracas y, entre 1949 y 1953, estudió y se graduó con mención *Summa Cum Laude* simultáneamente en las escuelas de Economía y de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Realizó estudios superiores en la Columbia University de Nueva York. Fue docente y director de la Escuela de Letras de la UCV. Su obra escrita consta de casi treinta títulos, en los cuales abarcó muy diversos géneros, aparte de su extensa labor periodística desarrollada durante tres décadas. Fue un activo militante de izquierda, sufriendo continuas persecuciones y encarcelamientos durante la década de los sesenta en el país. En 1972 ganó el Premio Municipal de Prosa y en 1975 el Premio Nacional de Literatura. Algunas de sus principales obras son: *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos* (1955), *Juan de Castellanos o el afán de expresión* (1960), *Venezuela violenta* (1968), *Compañero de viaje* (1970), *Los viajes de Miguel Vicente pata caliente* (1971), *La obra literaria de Enrique Bernardo Núñez* (1972), *Narrativa venezolana contemporánea* (1972), *Glosas del piedemonte* (1980), *Crónicas de caña y muerte* (1982), *Viaje a Sandino* (1985), *Cartas a Sebastián para que no me olvide* (1988).

DEL PIEDEMONTA A NOSOTROS

Nació en pleno piedemonte barinés, por lo que se consideraba “mitad gocho y mitad llanero”. Su gran talento lo llevó a incursionar tanto en la economía como en la literatura, destacándose por igual en ambas disciplinas. Irreductible militante revolucionario, lúcido analista político, económico y social, poeta de infinita ternura y sobre todo venezolano integral y comprometido, dejó como imperecedero legado una vasta obra compuesta por una treintena de títulos e innumerables artículos, crónicas, críticas y reseñas. Es uno de los escritores venezolanos más prolíficos y de los pocos que puede ostentar con justeza el título de polígrafo. Orlando Araujo escribió de todo y para todos, con firmeza, convicción y sensibilidad a partes iguales. El cuento, la poesía, el ensayo y el periodismo fueron las áreas en las cuales se destacó, aparte de su labor como docente. Dentro de sus títulos más conocidos podemos mencionar *Miguel Vicente pata caliente*, personaje que representa al niño de nuestras barriadas populares que se ve obligado a trabajar como limpiabotas para ayudar al sustento familiar, el típico muchacho pícaro y pintoresco. En los cuentos de *Compañero de viaje* hallamos una recreación del mundo rural y campesino, particularmente de la región andina, plena de leyendas y evocaciones míticas. Dentro del ensayo hallamos su fundamental estudio *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*, uno de los más completos que se han escrito sobre el maestro novelista, así como su imprescindible volumen *Narrativa venezolana contemporánea*, obra de inevitable referencia para el estudioso del tema. En el terreno del ensayo socioeconómico, en su libro *Venezuela violenta* abordó temas fundamentales como el petróleo, el latifundio, la reforma agraria y la industrialización del país; aquí destaca su faceta de economista comprometido con el pensamiento de izquierda y de agudo analista social. Orlando Araujo fue siempre una figura polémica y contestataria dentro del ámbito político y social, que nunca rehuyó el debate ideológico y siempre llamó a las cosas por su nombre.

Vivió intensamente la década de los años sesenta en el país, época de eclosión de las fuerzas revolucionarias, años violentos y conflictivos, de grandes luchas y cambios, de los cuales fue uno de los principales protagonistas. Pero también fue un poeta de alto vuelo y profunda ternura, como lo demuestran sus *Glosas del piedemonte*, y especialmente las *Cartas a Sebastián para que no me olvide*, dedicadas a su hijo y publicadas póstumamente.

Hemos querido realizar esta pequeña muestra con lo que a nuestro juicio es lo más representativo de la obra literaria de tan insigne venezolano, como una forma de acercarlo más al pueblo que tanto amó y por el que tanto luchó. En ella encontrará el lector un poco de cada uno de los temas que ocuparon su pluma: imaginativos cuentos dirigidos a los niños, poemas en prosa rebosantes de ternura, relatos magistrales que retratan la idiosincrasia del campesino y del guerrillero, fragmentos de sus análisis y reflexiones sobre la realidad socioeconómica venezolana, todos componentes de una obra que constituye una de las más altas cimas de la literatura venezolana.

La presente selección forma parte de una serie de publicaciones que apoyan el Plan Nacional “Pueblo que lee no come cuento”, cuyo objetivo es compatir las herramientas de la creación literaria para el empoderamiento colectivo de la palabra, en su historia y presente. Este plan estratégico consiste básicamente en la distribución digital gratuita de una muestra de los textos más destacados de cada autora y autor homenajeado, la activación de puntos de lectura en las plazas Bolívar y otros espacios comunes, así como talleres y conversatorios en espacios comunitarios, procurando el acercamiento directo del pueblo a la obra de escritoras y escritores venezolanos, como una manera de consolidar en el imaginario colectivo nuestra extensa y rica literatura.

LUIS LACAVE



10

NUESTRO ETERNO COMPAÑERO DE VIAJE

Orlando Araujo



11

CARTAS A SEBASTIÁN PARA QUE NO ME OLVIDE (1988)

SELECCIÓN

Un amigo

Un amigo es el refugio de los miedos que sentimos noche y día, alguien que te mira sonriendo cuando tú lo hieres.

Un amigo te levanta cuando caes y no espera saber que te has caído. Es como si de pronto estás muy solo y alguien te llama para decirte que lo esperes.

Un amigo es el guante de tu corazón cuando hace frío, el bolsillo donde guardas las cosas que no muestras, el abrigo contra la lluvia del odio, un pararrayos aun cuando no haya tempestad, y una tempestad si en la calma te atormentan.

Un amigo es el espejo donde tú eres él, no apagues esa luz y no le falles en cualquier oscuridad.

El patio de la abuela

La abuela es pobre y no tiene mucha cosa, pero tiene. Tiene el aire que juega debajo de la mata de mango y los frutos de mejillas de oro con que regala a los niños más negritos del mundo.

—Señora, permiso.

—¿Qué quieres?

—Un mango

—Entra, pero no me dejes las conchas en el patio.

Los árboles rodean la casa de la abuela, vienen sembrados desde el río y se inclinan con la brisa del atardecer, huelen las tejas lentamente adormecidos y van sabiendo de cada uno de nosotros; las acacias tienen la timidez de una pestaña y los helechos extienden un pálpito de manos sobre la redondez del aire. Un lagartijo aquí muy cerca hace el amor con una lagartija. Los dos son verdes,



pero rojos. Y se muerden el cuello y refriegan temblorosamente contrapunteados por el sol del mediodía. Resuellan y se aman. Y se separan como si no se conocieran.

El patio de la abuela es un camino de piedras con ojeras. Y es la abuela, tan alta y extendida. Tan sonriente que parece que siempre amaneciera en cada una de las palabras que brotan desde el patio, como flores. Uno se va durmiendo poco a poco debajo de la piel de la abuela, en el patio de su manera de quererlo a uno.

Tiene todo lo que una abuela quiere tener: un patio, un árbol, una silla, un nieto y una flor. Por dentro tiene añales y caminos y cuentos de nunca contar. Se le ve en los ojos.

La libertad

El azulejo es un pájaro de mañanita que tiene el corazón azul. No tiene jaulas, sino el viento y las ramas. Había una vez un azulejo preso y se murió sin brisa. Había una vez otro y otro y otros azulejos. Por eso las montañas son azules cuando las ves de lejos, en las mañanas de tus viajes. —Déjame ver adónde vamos —dijo el azulejo, y voló por todo el mundo. El mundo es una palmera de azulejos que aletean y pintan de azul los cielos de la vida. Azulejo es un azul de lejos. Libertad es un azul de pueblos sin jaulas ni jauleros.

El caballo de Bolívar

Bolívar jamás tuvo un caballo: tiene un pueblo. Uno tenía y era del color del trigo y se lo regaló a José Martí. Cuando murió Martí se lo regaló a un argentino y el argentino a un chileno y el chileno a un jinete que venía de Nicaragua y el jinete de Nicaragua no lo desensilló: Bolívar cabalga todavía.



EL NIÑO Y EL CABALLO (1987)

SELECCIÓN

Cómo se hicieron amigos el niño y el caballo

Hace muchos años, pero muchos años, el hombre no sabía hacer casas, no sabía cultivar la tierra, no sabía escribir. Sabía decir caballo pero no sabía escribir caballo, porque el hombre no había inventado las letras del caballo; entonces le escribió con su mano las crines en las rocas.

Como no habían aprendido a fabricar casas, los hombres vivían en cuevas. No había escritura pero había palabra, hablaban. Veían el agua y le decían agua, y quienes escuchaban pensaban de una vez en toda el agua, el hombre le ponía un nombre, y así fue diciendo ríos a las aguas que se quedaban quietas, mares y océanos a las aguas de final visible, sudorosas de espumas cabalgantes y casas grandes de los ríos.

Hablando y contando de caballos, Chuber, quiero decirte que el hombre de las cuevas, el que pintaba caballos, sabía que la lluvia venía del cielo y que el cielo era la casa grande de las estrellas y que las estrellas eran el techo de la casa de la noche y la noche era la cueva de la Luna y la Luna era la mujer del Sol y era el Sol el padre de los días y eran los días y las noches los dos caballos de la luz y de la sombra, del frío y del calor, de la vida y de la muerte.

Una noche en una cueva, a la lumbré de un fogón, mientras los niños, las mujeres y los ancianos comían la carne de un caballo salvaje, un cazador contaba un cuento:

Subí con el sol a buscar un animal para comer, iba conmigo el hijo mío. Otros cazadores salieron también y nos fuimos juntando,



caminamos mucho por tierras y por aguas hasta escuchar un trueno que corría, envuelto en polvo, por un desfiladero. Eran caballos, comenzamos a rodearlos y a gritar para asustarlos y corrían y corrían locos de correr. Corrían y todos corríamos y gritábamos y entre las nubes de polvo no se sabía quiénes eran caballos y quiénes eran hombres, hasta que los caballos huyendo llegaron al borde del desfiladero y no miraban, no podían mirar sin detenerse, y saltaban, saltaban en el aire y caían sobre las piedras y caían y rodaban hasta lo profundo, abajo. Abajo fuimos y repartimos, y cada uno tomó la carne que podía cargar, y cada uno con su hijo. Pero el hijo mío no estaba por todo aquello, lo llamé, le grité, no respondió. Entonces cargué lo que podía y viajé poco a poco para que el hijo me alcanzara, si vivía... pero no me alcanzó.

Todos guardaron silencio. Por dentro les sonaba: se murió, se murió, el hijo se murió. Tiraron los huesos al rincón de los huesos para hacer después agujas y cuchillos, se echaron al suelo y durmieron alrededor del fogón.

Cuando despertaron, la vaga claridad del alba alumbraba la puerta de la cueva, pero algo en la puerta interrumpió la luz, un animal, un bulto, una piedra. Se acercaron armados con mazas y garrotes, adelante iba el más experto cazador. De un salto cayó sobre lo que fuera, bestia o piedra, y ya levantaba su cuchillo de sílice cuando se detuvo y retrocedió. En la puerta de la cueva, echados y rendidos, dormían un niño y un potrillo. Era el hijo. Todo lo demás son miles de años de guerra y paz, de hombres y caballos.

MIGUEL VICENTE PATA CALIENTE (1971)

SELECCIÓN

Esta es la historia de Miguel Vicente, un pequeño limpiabotas muy caminador y amigo de conversar con todo el mundo. Miguel Vicente, Pata Caliente, le decían en el barrio donde vivía, un cerro lleno de ranchos desde el cual se veía Caracas, allá abajo, con sus grandes edificios, sus quintas rodeadas de árboles y su inmensa montaña que se tragaba las nubes allá arriba. Todos los días muy temprano, Miguel Vicente bajaba corriendo a la ciudad, con su caja de limpiar zapatos al hombro, armando un ruido que hacía rabiar a los vecinos perezosos todavía metidos en sus camas. El más furioso era un borrachito que acostumbraba acostarse muy tarde y a quien Miguel Vicente daba verdaderas serenatas, tocando la caja y alborotando debajo de la ventana hasta que el viejo gritaba adentro: "Ese es Miguel Vicente, Pata Caliente. ¡Me las va a pagar! Un día de estos lo agarro y le doy una paliza". Pero agarrar a Miguel Vicente era más difícil que agarrar a una ardilla; corría como un venado y se escondía en cualquier parte. Así que el borrachito no pudo nunca cumplir su promesa y terminó por acostumbrarse a las serenatas.

De la Plaza de Capuchinos hasta la Plaza Miranda, después en el pasaje que comunica la Torre Sur con la Torre Norte y luego hasta la Plaza Bolívar, Miguel Vicente caminaba con su caja a cuestas ofreciéndose para limpiar los zapatos de todo aquel que se cruzara en su camino o que atinara a pasar por el sitio donde él momentáneamente se estacionaba. Cuando no lustraba botas, se entretenía silbando y tocando la caja como si fuera un tambor, de modo que siempre parecía estar contento. Y como tenía unos ojos vivaces y una cara morena llena de picardía, muchos señores que no pensaban hacerse limpiar los zapatos, se detenían, montaban

su pie en el cajoncito y mientras Miguel Vicente ponía la crema negra o marrón, pasaba el cepillo y lustraba con un pedazo de tela ya brillante de tanto lustrar, el cliente trataba de conversar con Miguel Vicente, quien, ni corto ni perezoso, hablaba de todo.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel Vicente.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos. Uno es viajero, va por todas partes. El otro está en Oriente, trabaja en una compañía petrolera.

Miguel decía todo esto de memoria, porque no conocía a sus hermanos y era lo que había oído de su madre. Así que lo repetía a quien se lo quisiera preguntar. El que más le gustaba de sus hermanos era el viajero, ese que iba siempre por montañas y llanuras y ciudades que Miguel no conocía y con las cuales soñaba. Quería conocer el Orinoco, ese río tan grande, mucho pero mucho más grande que el Guaire cuando el Guaire estaba crecido. Era un río lleno de caimanes y con enormes serpientes en sus orillas.

¡Quién lo conociera y navegara por él! Cuando fuera un hombre, iría al Orinoco y conocería la selva y las montañas más altas.

—¿Te gustaría viajar, Miguel Vicente?

—Sí, mucho.

—¿Quieres irte conmigo? Yo voy para los Andes donde hay montañas con nieve.

—¿Y hay águilas?

—Sí.

—¡Cónchale!, debe hacer mucho frío allá.

—Hay campos verdes y ríos que bajan por el monte y caen desde lo alto.

Miguel se emocionaba, se ponía pálido de pura emoción. Tun, tun, tun... el corazón le latía hasta casi salirse de la franela.

—¡Yo sí me fuera, caray! —decía.

Pero hasta allí llegaba todo, porque el señor que le hablaba se iba con sus zapatos bien brillantes. Miguel guardaba su bolívar y se quedaba otra vez silbando y tocando su caja, pero soñando, soñando con largos viajes y muchas aventuras.

¿Cuándo podría viajar Miguel Vicente, Pata Caliente?

Una vez vio una estrella que se cambiaba de un sitio a otro en el cielo y secretamente le expresó un deseo: que quería conocer mundo, ir a lugares lejanos, tener maravillosas aventuras. Pero la estrellita no había cumplido aquel deseo, y Miguel seguía sin viajar, caminando por las calles de Caracas, silbando y tocando su caja, limpiando botas y soñando mucho.

Todos los que conocían a Miguel, sabían que le gustaban los viajes y para entretenerse con él, le hablaban de viajes reales o imaginarios que le iban aumentando las ganas de coger camino un día cualquiera. Lo malo es que ahora no se viajaba como en los cuentos, a pie, o sobre un pato grande, o bien sobre una alfombra mágica. Los niños de ahora viajan en carro, en barco, en avión y esto complica más la cosa, porque depende de los mayores que lo lleven a uno o no lo lleven. Y hay que tener mucho dinero, tanto que Miguel Vicente no sabría ni contarlos.

Pero como no le costaba nada imaginarse lo que no tenía y disponía de suficiente tiempo para ello, pues arreglaba mentalmente sus viajes y tenía aventuras con bandidos, con animales feroces y galopaba en hermosos caballos sin siquiera cansarse. Ya no le pedía tampoco al Niño Jesús que como regalo de Navidad hiciera algo para que él viajara, porque dos veces se lo había pedido y nada. El Niño Jesús debía estar bravo con él, o por lo menos un poco disgustado, porque todo lo que le traía en Nochebuena eran cajitas de crema de limpiar zapatos, un cepillo viejo y un pedazo

de tela nueva, como si eso fuera un regalo. ¿Qué había hecho él de malo? Bueno, sería por lo de la bulla que hacía en la ventana del borrachito. El borrachito, por su parte, pensaba que debido a su vicio Dios le mandaba a Miguel Vicente para castigarlo.

En fin, que ya Miguel no esperaba que nadie lo ayudara para hacer lo que más deseaba en su vida. Nadie, ni siquiera su mamá, que vivía allá en el rancho, enferma y quejándose de su mala suerte y de la miseria en que vivían. El papá se había ido hacía mucho tiempo de la casa, tanto tiempo que Miguel Vicente no podía recordar cómo era la cara de su papá, ni tampoco si era gordo o flaco, alto o bajo; solo recordaba que una tarde su mamá le dijo que un señor que estaba allí era su papá y más nada. El señor se fue y Miguel se olvidó de él, y no sentía que le hacía falta. A veces pensaba que era hasta mejor así porque un amigo suyo, vecino de su casa, tenía un papá que le pegaba por cualquier cosa y vivía gritando todo el día como si nunca estuviera contento.

Un día salió un señor del Congreso, ese edificio blanco y grande que está cerca de la Plaza Bolívar; era un señor a quien Miguel Vicente le había limpiado los zapatos varias veces. Puso su zapatote sobre el cajón y mientras Miguel trabajaba le preguntó:

—¿Sigues pensando en tus viajes?

—Bueno, sí —respondió el niño.

—Pues ahorra para que puedas hacerlo cuando seas mayor —le dijo el señor del Congreso. Era un hombre gordo bien vestido y siempre como muy aseado. Debía ser muy rico.

—¿Y qué es eso? —preguntó Miguel.

—¡Ah!, sabía que me lo preguntarías. El ahorro es algo muy bueno y necesario. Todo el que ahorra puede cumplir sus deseos. Fíjate bien: si yo te pago un bolívar por limpiarme los zapatos, tú gastas un “real” y guardas un “real”. Ese “real” que guardas es el ahorro. Cuando muchos señores como yo te paguen muchos bolívares,

tú habrás guardado muchos reales y así podrás comprar lo que quieras, o viajar, como a ti te gusta.

Eso dijo el señor con gran sabiduría, pagó su bolívar y se alejó satisfecho de haber ayudado al niño a comprender lo que es el ahorro.

Desde aquel día Miguel Vicente se propuso ahorrar dinero. De cada bolívar no podía ahorrar un “real” porque se habría dado cuenta su mamá, al regresar a su casa, del dinero que había ganado y que servía para comer lo poco que comían y para otras cosas, tantas cosas que el dinero no alcanzaba ni para una octava parte de esas cosas. Pero cuando tenía buena suerte, cuando llovía y limpiaba más zapatos de lo que era costumbre, entonces guardaba algo, un “medio”, un “real” y, en las grandes ocasiones, hasta un bolívar y lo metía en una lata de crema vacía que él llamaba “ahorro” y que conservaba escondida entre sus cachivaches. Pasaba el tiempo y la lata no se llenaba ni siquiera por la mitad. Miguel hacía grandes sacrificios para no sacar ni un centavo de la cajita. Tenía “lochas”, “medios”, de todo tenía, y hasta una monedita rara que casi ni pesaba y que se la había regalado un viejito que conocía muchos países. Tanto cuidaba su tesoro que cierta vez que su mamá se sintió muy mal y habló de unas medicinas y de que no tenía dinero, Miguel estuvo a punto de darle el dinero, pero al mismo tiempo no quería. Allí, en aquella cajita, estaban sus viajes, sus aventuras, todo lo que él quería ser en la vida, y le costaba mucho desprenderse de sueños tan queridos. Así que no cedió ante sus impulsos, tuvo grandes remordimientos, pero no cedió. Después su mamá se puso bien, él se quedó con su cajita y siguió silbando y tocando su caja como si fuera un tambor. Tanto lo tocaba que sus amigos del barrio le gritaban diciéndole: “Miguel Vicente Pata Caliente, toca la caja y llama a la gente”. Pero él no se ponía bravo, tenía su secreto, era un tesoro, y ya sus viajes no dependían de nada ni de nadie sino de él mismo.

Hasta que su mamá descubrió la caja: persiguiendo una rata que se metió entre los cachivaches, movió los corotos de Miguel y como la cajita sonara, la abrió y descubrió el tesoro. ¡Santo cielo!, aquello fue terrible. Cuando Miguel regresó en la noche encontró a su mamá bravísima, tan brava que lo agarró por una mano y lo “peló” con una correa vieja. Después se echó a llorar diciendo que su hijo la engañaba, que era un ingrato, que tanto que ella se sacrificaba y sufría para tener un hijo que no la quería, y Miguel Vicente, ya fuera por la paliza, ya fuera por las palabras de su madre, rompió a llorar y durante un largo rato lloraron juntos la madre y el niño. Y se acabó el “ahorro”, porque la mamá hizo desaparecer la cajita y todo lo que tenía adentro, hasta el sol de hoy.

Miguel estuvo un tiempo triste, tan triste estuvo que no silbaba ni tocaba la caja, hablaba poco y hasta se olvidó de las serenatas mañaneras del borrachito. Pero no hay mejor médico que el tiempo para curar toda clase de penas y los niños pronto se olvidan de lo que los hace sufrir, así que nuestro amigo fue poco a poco saliendo de su tristeza y volviendo a su alegría, que era silbar, tocar la caja, lustrar botas y caminar por esas calles con su franelita rayada, sus pantalones anchotes y remendados, tan remendados que parecían un mapa con muchos países. Y siguió soñando con sus viajes, pero, eso sí, se negaba rotundamente a limpiar los zapatos de aquel señor del Congreso, muy gordo y muy sabio, que le había hablado del “ahorro”.

Como no podía hacer viajes largos, Miguel hacía viajes cortos. Los domingos muy temprano se reunía con sus amigos, juntaban todo el dinero que tenían y bajaban corriendo y charlando hasta El Silencio. Allí hacían su plan: unas veces remontaban las escalinatas de El Calvario y jugaban bajo los árboles inmensos que los hacían olvidarse de la ciudad. Miguel se imaginaba estar metido en la selva profunda y se ponía a caminar con cuidado y al acecho como Tarzán cuando andaba a la caza de leones.

Se imaginaba que allí, a la vuelta de un matorral, se tropezaría con la fiera y lucharía contra ella hasta vencerla y lanzar el grito de triunfo, pero el emocionante encuentro era casi siempre interrumpido por alguno de los policías que vigilaban el parque y los obligaban, con amenazas tenebrosas, a regresar escalinatas abajo, de nuevo a las avenidas y calles sin emoción y sin aventuras.

Una vez en que por fortuna lograron reunir más dinero del acostumbrado, se fueron hasta un sitio donde había fieras de verdad, leones, tigres y osos tal como son, de carne y hueso. Al principio fue realmente emocionante y Miguel no se atrevía a acercarse mucho. Le parecía increíble poder estar tan cerca de animales tan feroces. Pero muy pronto se borró el miedo cuando observó que niños menores que él se acercaban hasta casi pegarse de las rejas y arrojaban papelitos, caramelos y otras cosas a los animales. Los leones no se embravecían, no rugían y ni siquiera miraban a la gente; más bien parecían unos señores gordos y cansados con ganas de dormir. Así que fue perdiendo el entusiasmo por esta clase de sitios y prefería irse paseando y corriendo por los sitios donde hubiera árboles, y mientras paseaba y corría le gustaba lanzar piedritas sin apuntar a nada, como si mientras corría y las lanzaba estuviera pensando en otras cosas.

Cierto día, cuando realizaba uno de estos paseos, se llevó un buen susto porque una de las piedritas fue a dar a la espalda de un señor que estaba sentado leyendo. Ya echaba a correr cuando escuchó una voz conocida que le decía: –Miguel Vicente Pata Caliente, ven acá.

Reconoció a un señor amigo suyo, el que le había regalado la monedita rara y conocía muchos países. Se acercó temeroso.

—Fue sin culpa, señor –comenzó a decirle, pero el señor lo interrumpió diciéndole:

—No te preocupes, amiguito; dime: ¿qué haces por aquí?

—Bueno, paseando –contestó Miguel ya tranquilizado—. ¿Y usted? –preguntó a su vez.

—Yo estoy leyendo un libro, precisamente un libro de viajes en que se cuentan los viajes maravillosos de un jovencito que salió un día de su casa y recorrió muchos países, conoció a muchas gentes y tuvo grandes aventuras. Se llamaba Marco Polo.

Miguel miraba fascinado el pequeño libro que permanecía abierto entre las manos del señor de la moneda rara.

—¿Tiene figuras? –preguntó Miguel.

—¡Caramba!, no tiene, eso es lo malo, amigo, no tiene ni una figurita. Es un libro barato.

Miguel se había acercado y lo miraba. Allí estaban las letras apiñadas como hileritas de hormigas, negritas todas. Y esas letras hablaban de viajes maravillosos.

—¿Quieres verlo? Tómallo.

Y el señor de los muchos países se divertía con el asombro del pequeño limpiabotas.

—Pero si no sé leer –dijo Miguel como si estuviera triste y como si estuviera bravo—. No sé leer –volvió a decir, y esta vez lo dijo como si estuviera solamente triste.

El señor de la moneda rara se quedó mirándolo, pero ya no se divertía, como si estuviera muy serio pero sonriendo. Era un hombre amable. Miguel lo miraba de reojo esperando que comenzara a decirle las mismas cosas que todos los mayores se creían obligados a decirle y que a él tanto le molestaban: que si tenía que aprender a leer, que si debía ir a la escuela, que estaba perdiendo el tiempo, que si crecería burro, que si esto, que si aquello. Aprender, ir a la escuela.

¿Y quién limpiaba zapatos para llevar dinero a casa? ¿Ir a la escuela de noche? Si llegaba rendido y apenas se dormía al comer cualquier

cosa que su mamá le guardara. Sin embargo, y para sorpresa de Miguel, el señor de la moneda rara no le dijo nada sobre aquellas cosas. Simplemente le dio el libro.

—Toma, te lo regalo. Algún día podrás leerlo y entonces harás todos esos viajes junto con Marco Polo.

Miguel tuvo más suerte con el libro que con el “ahorro” porque no necesitó esconderlo. Su madre no le dio mayor importancia, así que podía hojearlo cuantas veces quisiera, y tenerlo siempre a la vista sin peligro de perderlo. El niño pasaba grandes ratos contemplando las hileras de letras, repasaba las páginas y todas parecían igualitas. Abría el libro en cualquier parte y se preguntaba qué estaría haciendo allí, precisamente allí en aquella parte, aquel extraordinario y valiente viajero de cuyas maravillosas aventuras nada sabía.

—¿Conoces a Marco Polo? –le preguntó un día a uno de sus compañeros, que siempre sabía más cosas que todos.

—¿Marco Polo? ¿Marco Polo? –contestó el amigo adivinando—. ¿Quién es, un policía?

—Tonto, ningún policía. Marco Polo fue un gran viajero muy valiente y tuvo muchas aventuras y conoció muchas tierras.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Yo tengo el libro, el libro de sus viajes –dijo Miguel con mucho misterio y como si estuviera entregando un secreto de gran valor.

Muy pronto todos sus amigos supieron que Miguel tenía un libro en el que se contaban grandes cosas. Miguel era el dueño del libro y aunque ninguno sabía leer, el solo hecho de poseerlo y de que se lo hubiese regalado un señor que conocía muchos países, hacía que todos vieran a Miguel con respeto y que su autoridad se fuera imponiendo poco a poco sobre sus amigos.

Un día la mamá enfermó más de lo que ella acostumbraba estar enferma, se puso más flaca de lo que ya era, y más pálida. Se metió en la cama y ya no comía ni lo poco que acostumbraba comer. Así varios días, sin casi levantarse, hablaba poco y la voz se le pudo delgadita. Vinieron unos vecinos y allí mismo resolvieron llevarla al hospital. Miguel Vicente se quedaría en casa de una amiga mientras se daba aviso a su hermano para que se encargara de él.

Y así fue como Miguel comenzó a viajar. Vino su hermano el del camión y le dijo que arreglara sus corotos, que él se lo llevaría y que lo acompañaría en sus viajes para que cuidara el camión mientras él se ocupaba de vender y comprar cosas. Miguel Vicente se sentía realmente feliz. Ahora sí conocería tierras y gente, iría por todas partes, tendría grandes aventuras. Era una alegría que le saltaba por dentro y que se parecía un poco al susto. Siempre corriendo entró en la casa y recogió sus cosas; muy pocas eran. Dejó la caja, la regaló a uno de sus amigos y repartió entre ellos el cepillo, las telas de lustrar, las cajitas de crema a medio usar. Lo daba todo con alegría. Era un niño feliz y todos lo envidiaban.

En una caja de cartón pequeña metió su ropa y, escondido en ella, el libro misterioso. Ya estaba listo para cambiar de vida.

El camión salió al anochecer. No llevaba carga y, al dejar atrás la ciudad, comenzó a correr con gran velocidad. Por una de las ventanillas la brisa daba en el rostro de Miguel Vicente, cuyos ojos bien abiertos estaban preparados para tragarse todos los caminos, todas las ciudades, todas las montañas que estaban más allá. A su lado su hermano manejaba con la vista fija en la carretera. Miguel lo miró un rato. Era fuerte y parecía bueno; debía saber muchas cosas. Desde una vuelta de la carretera, ya bien arriba, se volvió para mirar a Caracas, allá abajo. Ya no la miraba desde un cerrito; ahora la ciudad se iba quedando pequeñita y de mil colores

luminosos, allá abajo. Terminó por desaparecer. Ya era de noche y sobre el lomo de un cerro Miguel se puso a mirar la media luna encorvada y cabalgando sobre el monte como una bruja.

Miguel sentía una cosa así como una tristeza bonita y como unas ganas de llorar sin hacer ruido. Desde que salió de su casa no se había acordado de sus amigos, de las calles, de su mamá solita, y ahora todo esto lo punzaba por dentro y se le mezclaba con la emoción del viajero que va a tener grandes aventuras. Sintió frío y se acurrucó en el asiento del camión, metió las manos en la caja para calentárselas con la ropa, palpó el libro allá adentro y lo mantuvo entre sus manos. Se fue quedando dormido. El ruido del motor sonaba como un río.

COMPAÑERO DE VIAJE (1970)

SELECCIÓN

Las lagunas tienen el color puñal

Las lagunas tienen el color puñal; las lagunetas son lagunas donde el arcoíris bebió hasta que fueron quedando los juncos erizados. Quedaron también los colores, que se fueron apagando hacia la greda con un velo turbio de yema descolgante. Del fondo salieron los ojos de Luis Sáez, piches, viscosos, sin pupilas. Salieron las manos casi desmembradas por los machetazos; y salió todito él, nuevamente vivo, después de que lo echaron cadáver de veinte tajos para rematarlo con el barro por si le sobraba un tris de vida. Y le sobraba. Tres días más tarde llegó arrastrándose hasta un rancho de leprosos y fueron cicatrizando las heridas y enrollándose como serpientes bajo la piel. Después huyó hasta el lugar de refugio.

No quiso quedarse en las cercanías del pueblo, así que se abrió paso diez leguas monte adentro y puso un río entre él y los otros. Llamó Quebrada del Medio a las aguas de la separación y La Laguna al campo que comenzó a talar. Nombró las cosas y fue venciendo a la montaña.

Vivió íngrimo y solo durante muchos años; conversaba algunas veces con los bueyes, generalmente en las tardes mientras desenjugaba. Silbaba siempre, con distraída gravedad. Monologaba silbando.

Sacaba el café páramo arriba hacia Boconó, sin pasar por el pueblo. Nadie supo cuándo trajo mujer ni cuándo fueron naciendo los hijos, que llegaron a veinte.

Un día bajaron los hijos, hombres y mujeres ya formados, entraron a la iglesia y allí depositaron una urna de cedro. Los hombres llevaban

grandes malabares prendidos con alfiler de gancho en la solapa, las mujeres los llevaban con rizadores sobre el pelo negrísimo.

Después del agua bendita lo enterraron y regresaron, por un camino angosto y empinado, hasta La Laguna, un campo preñado de cafetales, sombrío de guamos, donde el arcoíris se dobla para meter su hocico de caballo en las lagunas y dejar su baba de colores enredada en los juncos de las lagunetas.

Un muerto que no era el suyo

Por allí a golpe de mediodía, tendría que pasar bien apersogado sobre la mula, allí donde el camino se encajona y sube dos paredes de tierra gredosa hasta los matorrales de lado y lado. Dos escopetas y manos huesudas y expertas, acostumbradas a no fallar un venado en el celaje de un salto, esperaban sobando la culata. El camino separaba a los dos hombres que llegaron temprano para tener tiempo de preparar el lugar y hacer el nido. Ahora estaban en cuclillas atisbando el paso del río allá abajo. Varias recuas remontando la cuesta y ellos siguiéndolas, la mira puesta en la franela del arriero, la trayectoria lenta del cañón hasta el punto de disparo, imaginando una y otra vez el acto certero que deberían ejecutar a pleno sol y en pleno pecho. Estaban a un misma altura y por entre el rastrojo se adivinaba la silueta, se presentía el cuerpo y el rostro y el sudor. Caminaron juntos desde la madrugada, puestos ya en su propósito y ahora esperaban que la comisión cruzara el río y que el pequeño bulto del hombre sobre la mula fuera creciendo y agigantándose alrededor del puntillo negro de la mira.

El preso había dicho “los hijos del difunto me van a matar, yo los conozco”, pero la comisión no hizo caso, a pesar de que él añadió: “y me van a matar porque yo no maté al viejo”. Tres días antes,

en la casa donde pidió posada dijo “yo debo el muerto de Punta Gorda, ese sí me lo pueden cobrar, pero a este viejo yo no lo maté”. Y eso sin que se lo preguntara nadie, solo porque andaba con la ropa hecha pedazos, y estaba en los huesos, con mucha barba y viajando de noche como lo que era, y ya la gente estaba en cuenta por unos avisos con retrato y todo. Algo tenía que decirle a esta anciana que se asomó a la puerta cuando él tocó y así lo miraba y le temblaban los labios, sin atreverse a cerrar la puerta ni a terminar de abrirla. Quiso dar confianza siendo franco y pensó que si no era culpable del crimen más nuevo, se haría menos temible confesando el más viejo, ya deteriorado en la memoria de la gente. La anciana no hizo resistencia, más bien pareció aflojarse hacia un lado para que él entrara y se desgonzara sobre el único banco que había por todo asiento en aquella habitación oscura. Iban cinco años de lo de Punta Gorda cuando vino a presentarse este inconveniente que lo lanzaba más allá del monte donde había logrado que todos se acostumbraran a verlo salir con su perro y su escopeta y ya las mujeres no se escondían ni llamaban apresuradamente a los niños, ni se hacían la cruz cuando él pasaba. Al principio fue difícil porque enviaban comisiones de gente armada y él tenía que huir monte adentro hasta el aviso de poder bajar. Las comisiones terminaron por habituarse a estos recorridos donde cada conchabado cobraba cinco bolívares y hasta era mejor no encontrarse con el reo, tanto para no enfrentar a un hombre probado, como para conservar intacta una manera de ganar la vida. Sin mediar palabras se estableció un acuerdo, no lo delataban, y aunque fingían buscarlo nadie lo conseguía. Fijó casa y mujer, y ya era hombre de recuerdos cuando apareció llena de guáimaro la nuca del viejo Braulio Pérez. Esta vez la comisión fue de hombres con botas y uniformes y los tiros disparados querían dar en el blanco. Los testimonios no dejaban dudas: “Hace tres semanas tuvo unas palabras con Braulio Pérez por asunto de un gallo y dijo que lo mataría”. “El hombre llevaba un dinero para comprar unas mulas y no se le



encontró nada encima”. “Aquí nadie tenía motivos, se necesita ser asesino para matar a un pobre viejo así”. “Él tenía una lista de gente que iba a matar y la encabezaba el viejo”. Detrás de una mata de cambur no muy alta había huellas de pisadas y, en las hojas, el paso de los guáimaras. Le remataron a machete. La “Ñengue” entregó la escopeta a las autoridades y dijeron que los dos cañones habían sido disparados recientemente. En Punta Gorda, le había cercenado la cabeza de un tajo al hombre aquel y él y su amigo bebieron de la sangre y después rellenaron de arroz al difunto para que no hiciera en ayunas el viaje. Ya tenía un mes huyendo y estaba flaco de comer guaje dulce, comida de puercos, lo único que se da en conuco abandonado, y tenía grandes ojeras de dormir en el monte y de secarse la ropa encima de los huesos. Así que decidió salir de la montaña, boca del monte arriba, caminando de noche, hasta una casa lejos del pueblo cuyas luces parpadeaban en el valle. No había allí sino la anciana asustada, un perro viejo y el banco para sentarse, para descansar y comer algo y pensar después. Fue cuando dijo “Yo debo el muerto de Punta Gorda, ese sí me lo pueden cobrar”.

Si está de Dios que el que la debe la paga, bien sé que aquí voy a cumplir y es de hombres no afligirse ni darle el gusto a la gente de que vean que uno tiene miedo, sobre todo cuando no es miedo sino rabia de que uno caiga por vainas de otro. No es justo por más que el jefe saque a cuenta lo de Punta Gorda y ponga uno encima de otro y este pueblo de mierda diga que un hombre así no debe vivir y que la mala fama que el pueblo ha cogido es por culpa mía, si el que a hierro mata a hierro muere está bien que me jodan pero no así con las manos amarradas y todo el mundo haciéndose el pendejo cuando hasta el que lleva cabrestead a la mula agarrando la punta del mecate sabe que así lo hace porque en cualquier vuelta del camino me van a fuñir. “Mire José Rafael, hágame el favor, acuérdesese que hemos sido amigos, por más que usted ahora vaya

de jefe de la comisión, siquiera aflójeme un poco este arrebiato ¿no se contenta con que lleve las manos amarradas? De la mula no me caigo ¿para qué entonces amarrarme por la cintura y los tobillos a la cincha?” No me contesta el gran carajo y son tres hombres armados como si no fuera suficiente con eso y yo que ni fuerza tendría para írmeles, pero se les ve el miedo en la cara porque los miro y ya están volteando como si no fuera con ellos. ¡Qué vaina cuando a uno le toca la demasia! Tan tranquilo y tan quieto que estaba yo y es que no vale componerse porque la fatalidad lo busca a uno y pensar que con todo ya me les había perdido pero eso que digo la fatalidad me llevó, tenía que llevarme a dar con aquella casa donde menos me esperaba que me echaran semejante vaina y todo por ser franco, por darle confianza a la vieja esa “yo debo el muerto de Punta Gorda”, y viene a suceder que era la misma madre del difunto; qué me iba a imaginar yo nada tan cansado y hasta agradecido por tanta comida, seguro me la dio para mejor dormirme, y me rendí hasta que me despertaron los culatazos. ¡Cómo caminó esa vieja para ir y venir antes de que amaneciera! La fatalidad sigo diciendo que me lleva ahora de la punta del mecate derecho a ser difunto”. “José Rafael, en cualquier momento por allí alantico me empujan un tiro, va a salir del monte y a usted le va a remorder la conciencia. No, no me vaya a decir que tengo miedo pero póngase en mi lugar José Rafael, póngase en mi lugar y dígame ¿le gustaría que lo llevaran apersogado a la bestia como un novillo derecho al matadero, usted cree que es justo que a un cristiano le hagan eso? ¿Que no? ¿Y entonces por qué ese hombre me cabrestea la mula tan de la punta y ustedes por qué se hacen los pendejos caminando tan atrás si no es por dejarme buen blanco aquí en el medio pa que me peinen finito?”.

Si le hubieran preguntado ¿cómo fue lo de Punta Gorda? Y mejor si lo precisaran como aquel Gabrielito, de hablar tan raro, cuando lo del perro, su primer suceso. *Diga usted si es cierto que el domingo*



diez de los corrientes cuando se dirigía al pueblo y pasó frente a la casa de Crisanto Damas usted disparó los dos cañones de su escopeta sobre un perro lobo propiedad del mencionado Crisanto Damas. Y él: “Sí señor y fue para quitármelo de encima pues ese perro estaba cebado a morder la gente y su amo no le ponía preparo, tuve que hacerlo pero no fueron los dos cañones sino uno solo porque el otro lo tenía en reserva porsiacaso y Crisanto me buscaba de otra manera”. Podía contar todo, cómo el perro se le echaba encima, los colmillos blanquísimos, la lengua rosadita y los ojos de perro que va derecho a morder, los guáimaros en estrella sobre el pecho y el perro como suspendido en el aire, sería cosa de segundos, pero él podía recordarlo muy bien. No así lo de Punta Gorda, si el Gabrielito le preguntara “Diga usted si es cierto” y todo lo demás no podría contarle porque es como si no lo hubiera visto, tanto había bebido y lo que sucedía siempre al día siguiente, nada recordaba y tenían que contárselo y entonces empezaba a recordar, pero era como si lo hubiera hecho otro y no él o como si él lo hubiera hecho a medias con otro, así que lo recordaba a trechos, por ejemplo lo del arroz y al día siguiente la sangre en las mangas y ya en el monte, sin saber cuándo ni cómo, había empezado a huir.

Esta vez no recordaba nada, bebió como todos los domingos hasta ir trastabillando, ni la escopeta llevaba, y amaneció echado sobre unos costales en el corredor del rancho, pero la gente dijo que estaba bebido y había dicho “hoy me sabe la boca a sangre” y así tuvo que coger el monte, sin café y sin nada porque ya venían por él, se lo avisó la “Ñengue”:

—Despiértese Rosalino, que vienen por usted.

—¿Otra vez la Comisión?

—No, esta vez sí vienen de a verdá.

—¿Por qué?

—No se haga el zoquete, Rosalino Camacho, vienen porque usted mató al viejo Braulio Pérez, todos dicen, y apúrese que ya deben estar cerca.

—Por mi madre santa, yo no maté a nadie, se abra la tierra y me trague ahora mismo, Ñengue, si yo hice eso.

Pero no siguió porque vio que la “Ñengue” no le creía y porque ya se había desatado por dentro de él toda el ansia de la fuga, y su cerebro no dio cabida a otra cosa que no fuera escapar y esconderse. Miró a la “Ñengue” un momento, sobre ella las dos pupilas pequeñas y vivaces de picture, saltó al patio y se perdió montaña arriba. Fue solo unas horas después cuando advirtió que había olvidado la escopeta, casi estuvo a punto de volver por ella pero siguió huyendo y después pensó que era mejor que la encontraran, pues así comprobarían que él no la había disparado. ¿Por qué tenían que cobrarle un muerto que no debía? Pero de todos modos debía otro y podrían cobrárselo al ponerle la mano, así que ni pensar en bajar y explicar y mejor que vieran que la escopeta no había sido disparada.

...Y ahora me van a cobrar el otro, el que no maté. Ahí mismito donde le tendimos la celada a Pedro Riera, ahí no hay pele. Y son los hijos de Braulio Pérez, si los conozco yo que parten un cigarro con la escopeta, pero no es justo venir yo como un güevón y que me cobren lo que no debo. Esa vaina no, pero qué hago aquí amarrado sobre esta mula...

—¿Por qué tan poco a poco, José Rafael?

Cuando la “Ñengue” entregó la escopeta vieron que estaba recién disparada porque era fresco el olor de la pólvora y ella dijo no saber nada porque dormía cuando él se fue, y era de noche y aún dormía cuando regresó. No le preguntaron más, pero ella seguía diciendo que el Rosalino era un mal parido y que le pegaba y la tenía de burro de carga y mal vestida con esos chilangos que ellos podían ver. Y la “Ñengue” nada que paraba de decir cosas, y había aguantado tanto y no se le había ido por puro miedo de que el

hombre le cortara la cabeza y le rellenara el guargüero con arroz como al difunto de Punta Gorda. Siguió la comisión montaña arriba y ella todavía dándole a la lengua y que ahora todo iba a cambiar y que iban a saber quién era ella y de lo que era capaz. Pero nadie la escuchaba, porque nadie escuchó nunca a Carmen “Ñengue”.

—¿Por qué, José Rafael, tan poco a poco?

Los tres hombres caminaban detrás, los máuseres al hombro, sudando la cuesta polvorienta. Caminaban con lentitud conservándose a cierta distancia de la mula y del hombre amarrado. Delante, y a la distancia que daba el cabestro, iba un hombrecito que parecía empeñado en no ver otra cosa que la parte del camino donde ponía los pies. Descendieron luego, con igual lentitud hacia el río. La mula se acomodaba al paso de los hombres. El preso dijo “Tengo sed”, entonces José Rafael le dio su arma a uno de los hombres, cortó una hoja de guaje ancha y reluciente, improvisó con destreza un cuenco, lo llenó cortando con cuidado el agua del remanso, acomodó la mula cerca de una piedra a la cual trepó para dar de beber al preso. El agua sonaba al caer en la garganta desbordándose por la pelambre de la barba hasta el pecho.

—Decime José Rafael ¿por qué no arriar un poco más?

Llenaron de agua los sombreros de cogollo y se los volcaron encima, descansaron un rato sentados en las piedras con los pies dentro de la corriente. Era mediodía con sol bravo, pero el agua conservaba el frío de la montaña. Cruzaron al otro lado, nuevamente el paso lento por la vega del río y todavía más lento cuando comenzaron a subir.

El sol les cae encima, el sudor les moja el dril, alrededor del cuello, alrededor del máuser terciado al hombro y se va ensanchando debajo de las axilas. El preso no suda, el dril mojado por el agua

derramada se le adhiere al tórax. Tiene las espaldas anchas y a pesar de la flacura y de la cara desencajada se ve que es fuerte. No lleva sombrero, el pelo indio rechina bajo el sol, pero no suda la cabeza. Los ojos relucen bajo la tolda amarillenta que los encapota y es lo único aparentemente vivo de su cuerpo al mediodía. Sin volver la cabeza hacia los lados, los ojillos van espiando los matorrales. El camino se va encajonando hacia arriba, apretándose entre dos paredones de greda y obligando a la mula a adelgazar sus pasos, y a los hombres a marchar uno tras otro. Los ojillos registran los terrones tostados que crujen bajo los cascos y la tierra agrietada roza las piernas bien atadas a la cincha. La mirada se entretiene un momento observando las carreras entrecortadas de los lagartijos que avanzan y se paran atisbando, con sus cabecitas en alto, la presencia de los hombres, mientras un color gredoso les va recorriendo el espinazo.

Los lagartijos desaparecieron veloces en las grietas de la tierra, con un golpe minúsculo de sombras y cuando sonó el segundo disparo ya la garganta del camino vomitaba todo su estruendo hacia los árboles. El preso rechazado y como suspendido un instante de sus propias ataduras, se doblaba ahora lentamente sobre el pico de la silla.

Arriba encontraron el monte aplastado, las horquetas para el tiro por mampuesto, dos latas de sardina vacías y los salivazos del chimó entre las hojas.

Que el hombre llevaba un pálpito de muerte fue lo que José Rafael dijo cuando entregó al difunto en la jefatura civil, la mula al paso y el hombre encima, casi como acurrucado sobre sus manos juntas.

Carmen “Ñengue” compró la urna y pagó al cura un rezo decente. Llevaba camión nuevo, no de luto. Un día pasó de madrugada por el pueblo buscando carretera.

Compañero de viaje

Los olores, sabores y tactos de tres, de siete y de diez mil días, tantas nubes y la misma siempre sobre la montaña de huesos lívidos, por el norte huele a frailejón, por el sur huele a café, por el este a yaraguá y por el oeste a malabares; calle abajo sabe a río y pasto tierno, calle arriba sabe a cedro y monte amargo, y yo apenas siete años y ya pasándole la mano a la Loma de San José, al cerro del mopete, a la boca del monte y al pico del gobernador; montando en pelo a Carta Blanca, con andoneo de agua en canaleja; y a veces a horcadas sobre un arcoíris corriendo a morder los justanes de las lavanderas y a espiar a las muchachas de naciente pelo tendidas bajo el agua y pecho arriba, con los ojos acurrucados buscando estrellas más allá del sol.

Costó mucho tiempo y mucha anemia amañarse al café cuando venían del trigo. La tierra, el aire, olían distinto. Y el maíz y la yuca tenían sabores forasteros. No hubo amañamiento hasta que la tierra, por su parte, se acostumbró a recibir aquellos cuerpos y a nutrir sus propios montes con los orines, el estiércol y la carne y los huesos de los invasores. Yo llegué cuando ya la tierra, los animales y los hombres se habían hecho inseparables y no pude diferenciar, entonces, a Pedro Terán de los caimitos, a Luis Sáez del café, ni a Pablote de su toro, ni a Vergara de su mula, ni a mi compañero de viaje del mundo que me iba revelando, al paso de su bestia.

Conservo una sutil sabiduría de las hierbas y las aguas y conozco un camino secreto de vegetales que conduce casi siempre al amor, al odio, a la muerte y a un dios labriego, analfabeto y paramaño.

Domino esa magia superior a toda ciencia que me permite hablar con los muertos y recorrer largas distancias en fracción de segundos mediante el acto sencillamente religioso de oler una

fruta, morder una hierba, desgajar una rama y masticar una flor. Ciertos barro podridos en los albañales me estremecen con el amor de una madre campesina; el sudor de un caballo reúne en su fatiga sensaciones y aventuras que me llevaría toda una vida describir, y hay en el tacto de una crin o de una rienda, y hasta en el temblor dirigido contra el tábano, todo este amor fundido de hombre, tierra y bestia que perdura mas allá de la muerte y que alimenta las conversaciones nocturnas con mi compañero de viaje.

La muerte es una tabla de cedro, y el amor de todos los tiempos sabe a yaraguá, huele a potrero. Basta sencillamente una campánula azul a las once del día en un camino con sol después de lluvia para que yo pueda hablar con Dios.

La ceniza de los incendios lejanos llevada por el viento, el canto de las chicharras, las ojeras del anochecer y las lamparitas que caminan de noche en la montaña, me ponen ganas de morir con llanto silencioso de amores no alcanzados, de acurrucarme junto a Ligia en su cunita blanca navegando bajo tierra, o de salir a pie páramo arriba buscando al colombiano dientes de oro para que tenga lastima de mí y me devuelva la niña de las ojeras de violeta, cuyos ojos abiertos ante Dios siguen mirando temerosos y cansados.

La leña quemando en los fogones y mama Iche, un sombrero para soplar la brasa y noventa años yendo a misa, me junta con los techos de palma y los terrones desprendidos del bahareque, la edad del hambre y la resignación que, en el lugar de refugio, siguió a la edad del monte y de la piedra.

La niña Mariana, la niña Isabel, la Luisanita y tantas niñas de cincuenta, setenta y noventa años, con sus delantales cubriendo



un siglo de abstinencia. La niña Débora se fue poniendo pálida de tanto comer cera bendita y como chupaba incienso, iba por las calles con su traje de color jumí repartiendo discretamente su olor de santidad. Curó las viruelas y las puñaladas del gran Nolasco, cerró los ojos del chueco Bodas, libró de malos pensamientos a un sobrino suyo y hacía sus necesidades con un rosario en la mano. Cuando murió pude contemplar su rostro que siempre escondía tras la andaluza: no podía quedarse en este mundo una blancura así. Las pestañas de la santa se dormían con un sesgo de golondrina en vuelo y la piel, la piel anciana, no había envejecido. Una sonrisa a su pesar mundana y el lunar y los hoyuelos no me dijeron nada, entonces, de lo que perdieron los hombres por el amor de Dios.

Tener todo esto de una sola vez, recoger las voces en un frasquito mágico, atar el duelo y la alegría y los amores y las muertes en la punta de un pañuelo, ventear los caminos y resumir la presa en un ladrido, levantar las piedras para encontrar la carta que dejamos, volverse tuche para montar de nuevo el arcoíris, vigiar de madrugada cómo revientan las flores del maguey o guardar silencio para ver cerrarse a mediodía las campánulas es, en rigor y solo en parte, viajar contigo, compañero.

No fallar en el sencillo oficio de andar y cabalgar como lo hacías, corresponde al código profundo de aquella caballería perdida en la montaña que fui aprendiendo por los caminos con neblina.

Ayer, a mediodía, cuando el curita bailaba monerías delante de tu cedro, un campesino que anduvo leguas para acompañarte me separó con cariño brusco de tu lado, caminé detrás y me distraje con las siemprevivas. Noté, sin embargo, la ausencia de los malabares.

Hoy fui a buscarte, como siempre, en los caminos. Caminos nuevos han borrado a los antiguos y hombres nuevos habitan las casas y

trabajan las tierras de los que se fueron, pero las aguas de los ríos que bajan del páramo siguen corriendo por los viejos cauces. La lluvia, a veces, descuelga árboles y casas, tanto así que las casas terminaron cansadas, acumulándose allá abajo; pero los muertos vuelven a subir a una colina donde los entierran inclinados frente al páramo, mirando a su lugar de origen. Hoy la lluvia arrastró una parte de la colina y abrió un surco donde la tierra, la madera y los huesos se fueron deslizándose hasta el río.

Anoche vi correr las aguas bajo la sombra del puente y vi pasar un pez inmenso y solitario.

Después vi una maleta de cuero en mitad de la corriente, estaba entreabierta y pude ver en su interior botas, espuelas y papeles.

Era tu equipaje que iba solo, aguas abajo. Sobre el mundo entero, la luna brillaba como un sol, pero en silencio.

Las manos del Chema

Sé que te agarraste la cara gritando con las manos y después las tiraste sobre el barro abiertas contra el cielo. Ahora las venas sobresalen inyectándose en la base de los dedos. Son moscardones bajo la piel. Las uñas moradas y azules. Los dedos quietos, como desmayados sobre la mesa, y una cicatriz y un vello solitario. La herida recién abierta como por hoja de acero finísima, el trazo rojo, la sangre detenida en pequeños terminales. Fíjate en las manchitas blancas de las uñas, “suerte” dicen. Después de la muñeca, el océano de las manos y los dedos todavía allí desembocando. Puestas sobre la madera oscura palidecen.

—“Marcos Guacarán, cédula 35-84-12. Éramos siete bajo el mando del comandante Humberto. Bajábamos a abastecernos en un caserío cercano al frente. No sabíamos que el día anterior había



cruzado por allí otro grupo guerrillero y que el ejército, ya sobre aviso, aguardaba bien atrincherado en un conuco que domina un terreno plano y al descubierto. Avanzábamos con cuidado pero sin sospechar nada. Íbamos vestidos con uniformes y boinas tal como las que llevan los soldados antiguerrilleros y tal vez fue por esto que nos dejaron aproximar tanto, suponiendo, según supe después, que éramos soldados de otro grupo esperado por ellos esa misma tarde. Nos dimos cuenta de que había soldados como a unos cincuenta metros y justo cuando ya la tropa abría fuego contra nosotros. Calculé que eran unos veinte y empezamos a retirarnos disparando y tratando de ganar el monte cercano. Fue cuando me dieron en la pierna. Me arrastré hasta cubrirme detrás de un tronco caído y tiré la granada que no estalló. Cuando me vi rodeado y encañonado levanté las manos. Sentí un gran miedo cuando vi a un soldado apuntándome cerquita de mí y vi que estaba pálido y no sabía qué hacer, si disparar o no; me salvó el teniente que habló desde el rancho del conuco y ordenó que me llevaran hasta allá. Los soldados querían fusilarme, pero el teniente les manifestó que debían entregarme al comando más cercano y los consolaba diciéndoles que allí seguramente me fusilarían...”.

La herida tiene labios pálidos y si pones un lápiz entre los dos, el lápiz rueda y cae. Las venas hinchadas sin galope, ya no crecen las uñas. Tú las pusiste allí y las abandonaste porque aun después de muertos ponemos en alguna parte las manos y los pies. Ahora son manos sin dueño, huérfanas, segmentadas con sapiencia y tradición de sajadores expertos.

Los soldados querían echárselo, pero el teniente los aguantó, “yo en esta guerra soy neutral”, “no estoy ni a favor ni en contra, dicho sea entre nosotros. Yo simplemente cumplo”. El teniente era muy joven y parecía aburrido de andar por esos montes, y a

veces parecía que le gustaba mamar gallo. “¿Cogerías el monte si te soltara? Pero si te dejo ir, yo te dejaría ir, pero estos soldados arrechos como están te liquidarían”. Y el sargento: “Mire, mi teniente, a estos carajos hay que fusilarlos cuando uno los agarra, de lo contrario van presos, los sueltan y vuelven a coger el monte; ¿nos lo echamos?”. Pero el teniente firme, no le gustaba fusilar a nadie. “Sí –decía el sargento–, porque no le han jodido a un hermano como me lo jodieron a mí”, así que lo llevaron amarrado hasta Caripe donde esperaba una comisión para llevarlo a Maturín. “Ni de vaina, este no llega a Maturín”.

Qué brazos tan deformes. Músculos y venas se ponen de acuerdo para llegar a un punto y devolverse. Cicatrices de arterias, la sangre retrocede sin paisajes y en qué charca se habrá hundido el cuerpo entero. Dejas de ser esa promesa de capitán de barco, de cazador a media luna, ni siquiera dibujante y dejas de saludar ciego del tacto, tus brazos están mudos.

—“Lo que he contado es todo lo que sé. Me llamo Marcos Guacarán, cédula 35-84-12. Éramos siete, yo caí. El comandante se llamaba Humberto, así le decían y no supe más nombres. Mi padre es Guacarán, Jesús Antonio, no sé su cédula. Mi oficio...”.

La gente se aglomeró a las puertas de la prefectura por donde lo sacarían y este fue el chance que aprovechó cuando salía esposado hacia la camioneta descubierta para gritar con todas sus fuerzas: “¡Me llamo Marcos Guacarán, me dicen ‘el Catire’, soy guerrillero y sepan que esta gente me va a fusilar, para que lo digan, díganlo, Marcos Guaca...!” y un soberbio culatazo lo tendió en la parte de atrás de la camioneta. “¿No tiene vergüenza este carajo? Decir a todo grito que es guerrillero”. Y otro culatazo y otro más. “Cuando salimos de San Francisco iba el teniente y se agregó un civil, gordito, de bigotes, con una ametralladora y con anteojos negros. A mitad de camino venía un jeep que se

detuvo y bajó un capitán. El teniente informó que llevaba un guerrillero”. “¿Y por qué está vivo, no dice usted que lo agarraron en combate y disparando?”. Fue cuando habló el civil: “No hay ni siquiera que bajarlo, si usted ordena, ahí mismo en la camioneta se lo arreglo”. Yo me encogí lo más que pude, metí la cabeza entre las piernas y esperé el guamazo. “Hay un problema, mi capitán, y es que este gran carajo dio su nombre a la gente allá en San Francisco y dijo que lo íbamos a fusilar”. El capitán se desahogó regañando al teniente y mandándolo a regresar a su puesto. Subieron a los carros y continuamos el camino... No puedes caminar sin manos. ¿Cómo podrías caminar sin ir palpando el aire? No puedes mirar sin manos. Ordenaba tu madre, frente a los pesebres llenos de ángeles y ovejas, “se toca con los ojos y se mira con las manos”. En la noche oscura bajo los árboles, allá con lluvia y frío, allá donde un fósforo puede ser una sentencia, iban tus manos por delante y de tanto mirar fueron baquianas. Cuando golpearon la boca medrosa, cuando oprimieron el fusil, cuando saludaron con firmeza.

Un día abrieron la puerta y lo echaron en el piso como un saco de papas. No me gustaba verle la cara con los golpes que tenía, él de por sí era ya bien feo y más con esos golpes, un ojo apagado y los labios reventones, cuando se quitó la camisa aquello daba lástima, me dijo que eran los culatazos en las costillas, no le vi los testículos, pero me dijo que allí le habían dado bien duro. La pierna se hinchaba a lado y lado de la venda. Lo traían de la cárcel de Maturín y antes lo habían llevado de Aragua de Maturín y antes del campo donde lo agarraron herido. “De vaina me agarraron si no es porque me falla la granada tan cerquita que les cayó y porque todo aquello es campo abierto a pleno mediodía y porque uno ya metido allí se confía mucho, y no tanto por la pierna”.

Le puse yodo en las heridas, era todo lo que tenía para curarme una sarna rara que se gozaba conmigo. No estaba triste y si se había asustado ya no se le notaba porque se reía y decía que en el sitio donde estábamos era rey comparado con el calabozo que le tocó por varios días. Llegaron a buscarlo una mañana para interrogarlo y no regresó. A los cinco días, una noche, abrieron la puerta y volvieron a echarlo como un saco de papas, igual que la primera vez. Esa noche no pudimos dormir, él con sus heridas y yo con mis cosas. Cuando ya estoy entrándole al sueño, en la madrugada, suena la diana y me levanto con las voces de mando: “¡A-tención... Fiiir!, ¡A-discre-ción!”. Y se oye un solo zapatazo. Trato de hacer ejercicios mientras los soldados los hacen en el patio, pero me duelen los huesos.

Voy hasta el baño, abro la ducha y meto un brazo, luego el otro, por fin el cuerpo.

Salgo morado de frío, me seco con periódicos y siento un calorcito y ganas de conversar. El sargento que abre ni saluda y el que trae la comida dice “a papear” y no dice más nada. Guacarán no puede probar bocado y por ahora no puede ni siquiera conversar. Me como todo y quedo con hambre, será por desquite. Desde las ventanas puedo ver las casas más allá del cuartel y descubro detalles que ayer no vi. Abajo en el patio, los soldados forman en cuatro compañías. Con un papel en la mano el teniente les habla. “El primer deber del soldado es obedecer a su superior”. La voz es brusca como un barranco. “Cuando un superior lo llama, el deber del soldado es dirigirse hacia él con paso rápido hasta correr. Detenerse a unos pasos, cuadrarse, saludar y decir: a su orden, mi capitán o mi teniente o mi sargento. ¿Entendido?”. Y un inmenso coro responde: “Sí”, en un solo golpe de voz. Luego rompen filas, son jovencitos, suben tumultuosamente las escaleras del primer piso y entran en fila a la cocina. De allí vuelven a salir en fila portando el desayuno como un trofeo.

En sistema decimal, tus manos 0-010, así clasificadas, están tranquilas. Alineadas esperan su turno, tienen el gesto de atrapar un pez. Van a decir quién eres. Te identificarán y no habrá duda. Serás tus manos. Hay papeles impresos con espacios abiertos para el testimonio. Manos de combatiente, manos de bandolero, manos violentas, manos deladoras, te ofrecen, te evidencian, te entregan, son absolutamente tuyas, eres tú.

Me despierta hacia la madrugada el sonido de un disparo aquí cerca. Pienso que eso es normal en un sitio como este. Se escucha un alarido y otro. Es un grito de dolor y de pánico. Abajo, pasos apresurados, carreras, voces. Me asomo a la ventana, no veo nada. El grito es ya un quejido, el lamento de un niño. En la celda de al lado alguien dice que a un recluta se le fue un tiro mientras hacía guardia. Ahora es el motor de un automóvil, la sirena apaga los quejidos, todo vuelve al silencio. Son muchachos de diecinueve y veinte años, ¿de dónde vendrá este?, de los Andes, del llano, de Oriente, quizás era uno de los que ensayaba ayer para ascender a distinguido. La voz del oficial dando órdenes sonó pausada, tranquila, normal. No pude seguir durmiendo.

—A lo mejor se muere.

—No le pares. A veces ellos mismos se hieren un dedo para que los den de alta.

—No, la pinga, ese quejido era de muerte.

“Estoy dispuesto a morir” y nos hacemos a la idea. Esto nos ayuda para ciertas decisiones. “¿Qué me puede pasar?; lo más morirme y eso ya está previsto”. Pero de pronto la muerte salta como un gato en la noche inesperadamente y sin apelación. Aquel grito no era de puro dolor sino de alarma de muerte, de verse un borbollón de sangre, que el mundo entero se dé cuenta, se conmueva y venga hacia uno que está solo y que se ve morir y nadie quiere morir solo sin alguien que le diga que no es nada y que todo se va a arreglar.

—Marcos Guacarán, ¿cómo haces tú para no tener miedo?
 —¿Quién te ha dicho que yo no tengo miedo?
 —No has querido hablar aunque te maten.
 —Pero no es porque no tenga miedo, sino porque no puedo.
 Además sé pocas cosas. Siempre es bueno no saber mucho.

Al día siguiente, nos levantamos como siempre con la diana. Los soldaditos, franela blanca y pantalón verde corto, no formaron esta vez en el patio. Luego se escuchó la corneta en un tiempo prolongado y triste, que se fue apagando.

Cuando uno está preso siempre está solo, pero es bueno que haya otros que están solos también para sacar compañía de tanta soledad. Le dije a Guacarán que mi juicio era largo, una vez me golpearon delante de él y me incomunicaron. Nos contamos de la familia, de una enfermera que lo ayudó en Maturín y por poco logró escapar. He tenido otros compañeros pero este es el que más ha durado en mi compañía. Nos contamos las cosas una y otra vez. Sabe de mí todo lo que no hice, le hago sentir que me he confiado en él y le dije que no tenía por qué contarme lo suyo, que era mejor, como él decía, no saber tantas cosas.

Guacarán sabe olvidarse de la cárcel, siempre riendo y seguro de que tendrá oportunidad de escaparse, no importa que de aquí nadie haya podido fugarse. Él dice que lo hará y no le da mayor importancia al asunto. Por cierto, no se llama Guacarán, Marcos Guacarán como dice en la cédula, sino Salazar, José Rafael, como por fin me ha confiado.

Expertos sajadores le desprendieron las manos. Las defendiste, pero te las quitaron. Conservaste los ojos, los dientes, la garganta. Podías sonreír después de muerto. Pero te cortaron las manos y

se llevaron la risa entre los dedos. Te dejaron muerto sin nudillos, sin caricias, sin yo, como un reptil.

—“Mi nombre es Marcos Guacarán, cédula 35-84-12, mi padre es Guacarán, Jesús Antonio. Éramos siete, yo caí. Es todo lo que sé y ya se lo he dicho...”.

Pero él ya no se llamaba Guacarán sino Salazar, José Rafael, y todo estaba comprobado. Y ahora habla o lo raspamos; por mi madre que si no habla se muere. Esta vez no lo aceptaron de regreso, ni tampoco en San Francisco, ni en el campamento de Aragua, ni en Maturín. Nadie quería recibir a un hombre en esas condiciones. Y nadie tuvo la culpa de que comenzara a morir en uno de los trayectos como preso sin dueño. Ni menos yo que he cumplido mi deber de funcionario y que mi buen tiempo me costó. La camioneta daba tumbos. Las manos flotaban boca arriba como animales ahogados. “Muerto cuando arrebató el arma a un soldado y se dio a la fuga disparando contra la comisión, a la altura del kilómetro 133. Aquí están las manos para su identificación. Permiso para retirarme”.

—Yo, Marcos Guacarán, cédula 35-84-12, soy mis manos. Sin ellas tú no me conocerás y queda en soledad mi piel. Fue un tajo sin dolor, no pienses que dolió. Sentí la lengua de acero circunvalándome la carne, la defensa de los tendones, la separación callada y feroz. Estoy tendido en la hojarasca. Por tierra y aire van llegando los insectos, mientras se empinan los huesos esperando las manos para acabar mi muerte.

NARRATIVA VENEZOLANA CONTEMPORÁNEA (1972)

A confesión de parte... (nota previa)

Me gusta la comunicación impersonal con los libros, prefiero la distancia del autor, no conocerlo, no haberlo escuchado conversar: me gusta el mito del escritor, su lejanía; pero en este libro ese placer soledoso apenas existe, conozco a los autores, y convivo y me peleo con ellos. Los tengo tan cerca que casi no los leo, los escucho; y lo que narran lo siento contado con sus voces, con sus tics y hasta podría detallar su sentido, el gesto y el fuego o la penumbra de sus miradas cuando acudo a la cita con sus libros. Por eso lo que digo no es crítica ni juicio, sino conversación en la cual cedo a esa dialéctica del corazón que sintetiza al mundo en un nudo de simpatías y antipatías sin administraciones calculadas.

Como el lector comprobará, cada autor me va indicando con su propia obra la manera o punto de vista para su estudio: parto de ellos hacia ellos mismos y, sin embargo, este libro soy yo: *el lector*, única instancia crítica que me parece auténtica y creadora, aunque otras puedan ser más eficaces desde un punto de vista ideológico o didáctico.

La irreverencia, la espontaneidad coloquial y, a veces, el recurso, todavía tímido, de lenguajes prohibidos obedecen a un propósito estrictamente literario: si la narrativa y la poesía se han liberado del prejuicio neoclásico del purismo; y si la narrativa, en particular, se ha enriquecido con la vitalidad insustituible de aquellos lenguajes, ¿por qué el ensayo ha de seguir sobre coturnos, vistiendo el traje oscuro de las academias, cuando sus hermanas se desnudan y construyen castillos en la playa? A

este propósito de liberación obedece, también, el rompimiento de las cronologías y de las “prioridades”. Este no es un ensayo lineal. Pero tampoco es un trabajo improvisado: hay muchos años de paciente lectura y de meditación que arriesgo en este libro. Allá él.

VENEZUELA VIOLENTA (1968)

SELECCIÓN

Nuestro señor el petróleo (fragmento)

El petróleo constituye el 87% de la inversión extranjera en el país, el 93% del valor total de las exportaciones, el 85% de las divisas que ingresan anualmente y las dos terceras partes de los ingresos fiscales ordinarios. Basta una disminución de las inversiones anuales de las compañías petroleras, o una baja en los precios del mercado internacional o una restricción de la demanda en el principal mercado comprador para que en el interior de Venezuela se genere y propague una onda depresiva cuya intensidad y duración dependen de la duración e intensidad del movimiento externo que la provocó. En otras palabras, el destino de todo un país depende de la aventura económica de un producto y como ese producto es explotado por capitales extranjeros, fundamentalmente norteamericanos, aquel destino está en manos del capital norteamericano y está subordinado a sus decisiones.

Esta realidad es la clave de la situación venezolana y subyace en el fondo de nuestro drama político y social. Un país cuyo destino no le pertenece porque está en manos ajenas, un país enajenado, una prolongación periférica de otra economía más poderosa, una sociedad con las contradicciones, frustraciones, miserias y odios de una sociedad colonial. Una sociedad, también, para quien la violencia puede plantearse como alternativa válida, como liberación.

En Venezuela el petróleo está en todas partes y, como Proteo, puede encarnar en mil formas diferentes. Su presencia directa la hallamos en los indicadores económicos en los cuales predomina,



según hemos visto. En los vastos programas de obras públicas está la generosidad del ingreso petrolero. Caracas pasó de ciudad colonial a metrópoli moderna en menos de veinte años; la autopista Caracas-La Guaira pasa por ser una de las vías más espectaculares y costosas del mundo; la televisión llega a las ciudades de segunda y tercera categoría y los automóviles más lujosos de América y Europa forman largas colas en las avenidas de la ciudad. Más del 60% de las importaciones de bienes de consumo que por un valor de 1.216 millones de bolívares se hicieron en 1964 constituyen importaciones de lujo no imprescindibles para una sociedad que aún no ha conquistado los estadios avanzados de la producción de bienes y servicios. Los usufructuarios de este consumo superfluo constituyen una minoría privilegiada dentro de la población venezolana, y ya sabemos por qué: mientras que solo el 1,5% de la población activa devenga salarios petroleros, más del 30% de esa misma población se mantiene en el límite de la subsistencia rural. En las escalas intermedias, el 10% devenga salarios de una industria altamente mecanizada que importa más de la mitad de sus materias primas e insumos, el 7% trabaja circunstancialmente en obras de construcción mientras que el 44% se ubica en el comercio, los transportes y la burocracia: es, pues, una estructura de campamento minero en la cual vegetan núcleos de población parasitaria a expensas de una renta cuyo mantenimiento exige el sacrificio y agotamiento cada día mayor de una riqueza que no puede reponerse.

Las vanguardias del pensamiento económico y político han expresado en variadas maneras y estilos esta convivencia de la riqueza y la miseria en una Venezuela colonizada por el capital extranjero. Durante años el tema petrolero estuvo reservado a los técnicos de las compañías extranjeras y a los funcionarios públicos a su servicio. Hace treinta años nadie penetraba en el cerco misterioso hábilmente tendido alrededor de la explotación

de los hidrocarburos y apenas si algunos políticos de izquierda, guiados más por su intuición que por su conocimiento, se atrevían a dirigir sus enfoques sobre el tabú petrolero. Rómulo Betancourt, uno de esos políticos, llegó a escribir más adelante, en el exilio, uno de los ensayos más completos y desorganizados sobre el tema, descubriendo terribles verdades que fueron convenientemente relegadas al olvido una vez en el poder. Juan Pablo Pérez Alfonzo es otro de estos pioneros: llegó a construirse un prestigio nacionalista por su tenacidad en el ataque a la explotación imperialista del petróleo, haciendo gala de un radicalismo nacionalista que subrayó su actuación cuando, en el Congreso de Isaías Medina Angarita, elaboró una prolija demostración de que las ventajas de la Ley de Hidrocarburos de 1943 eran secundarias frente al dominio todavía mayor que se aseguraba a los capitales explotadores. Cuando este hombre tiene ocasión –y la ha tenido dos veces– de poner en práctica sus ideas nacionalistas desde el poder, atempera entonces aquel radicalismo: de 1945 a 1948 no se toca la ley que fuera refutada en el Congreso, limitándose, por toda política, a no otorgar concesiones petroleras cosa que, por lo demás, no estaban solicitando las compañías, ni lo necesitaban en un período en que acababan de reconvertir las ya obtenidas mediante una fórmula de borrón y cuenta nueva. Y de 1959 en adelante, cuando nuevamente regresa Pérez Alfonzo a participar en el poder público, reconoce que el petróleo sigue siendo el problema clave del país y que continúa en pie la necesidad de su control nacional “pero –nos dice en 1961– la economía venezolana tiene por base el petróleo y de él depende. Una disminución sensible de las entradas que recibe el país por la explotación de este producto, provocaría una cadena de reacciones capaces de suscitar una crisis económica y social”. Es necesario, por tanto, que la acción nacionalista no pierda de vista este hecho. Se impone, pues, la moderación y la prudencia. Prudencia y moderación que, en política petrolera, significan conservación esencial del *status quo* y reformismo hasta donde no

se rompa la paciencia de quienes dominan los asuntos de nuestro señor el petróleo.

De este modo, se crea –para satisfacer una promesa electoral– la Corporación Venezolana del Petróleo, una empresa nacional que despierta de inmediato la esperanza y el entusiasmo de los sectores nacionalistas y, como es lógico, la reacción adversa de las compañías de petróleo. Antes, en una acción audaz del gobierno provisional que se instaura a la caída de Pérez Jiménez, se ha lanzado un decreto que aumenta la participación del Estado venezolano en las utilidades de las compañías y, ahora, conjuntamente con la empresa nacional se anuncia, como política definitiva, la eliminación de la política de concesiones. Se inicia, así, un camino que de ser mantenido y continuado, constituirá una sabia alternativa hacia el control del recurso fundamental de nuestra economía, es decir, hacia el control de nuestro destino nacional.

Pero basta que las empresas extranjeras, en una maniobra descarada, disminuyan sus inversiones internas, manipulen con los precios controlados por ellas mismas en el mercado internacional y presionen a través de la oligarquía comercial y financiera por ellas alimentada y enriquecida, para que el inestable gobierno de la “burguesía nacional” ceda y en vez de decidirse a una grande y definitiva batalla apoyándose en las masas populares, decida estrangular las posibilidades de la empresa nacional, convirtiéndola en un juguete inofensivo que merece la aprobación de los jefes de relaciones públicas de las compañías petroleras. Así mismo, se prescinde de reformas impositivas que afectan las utilidades de los consorcios y se acuña un término –“contratos de servicios”– para sustituir el ya proscrito de “concesiones”. Rómulo Betancourt cobra los dividendos políticos: se mantiene cinco años en el poder y se jacta de ello atribuyéndolo a las virtudes de una democracia

que no funcionó en la realidad de su mandato. La verdad es que su “hazaña” es el fruto de una negación de los principios e ideas con que ganó los votos que lo llevaron al poder y aquellos cinco años, bañados con sangre de estudiantes, de obreros y de campesinos, son el precio de una traición al pueblo a expensas de la soberanía económica de Venezuela. Pérez Alfonzo, como epílogo de aquella moderación y prudencia, se retiró a la paz de su casa solariega para seguir elaborando estadísticas y asesorando a un gobierno que, en el período presente, ha pactado ya con la burguesía intermediaria y elabora una política petrolera adecuada a tales circunstancias.

El “tecnicismo” en las interpretaciones del fenómeno petrolero ha sido un recurso bastante efectivo para evitar que el tema se convierta en materia de discusión diaria y de preocupación por parte del venezolano corriente. El “experto” petrolero es, generalmente, un ingeniero bien remunerado por las compañías extranjeras, el cual suele sonreír ante la ingenuidad nacionalista de los políticos de izquierda, o bien es un funcionario público “moderado y prudente” que piensa en su carrera futura y guarda un silencio técnico ante los manejos de las compañías. Durante varias décadas, las empresas extranjeras han venido formando y aprovechando a un vasto núcleo de profesionales, muchos de los cuales van perdiendo el acento de la lengua castellana y ascienden a posiciones directivas desde las cuales emplean su talento “criollo” y su partida de nacimiento venezolano en servir con eficiencia los intereses extranjeros en su tierra. Las compañías se hacen representar por ellos en las organizaciones gremiales, y a tanto llega su confianza en los más destacados, que se valen de estos nativos cada vez que deciden maniobrar para engatusar al gobierno local.

El petróleo, que así determina diversas formas del ser social, subyace también en el muñón de todas las ideologías cuya escala parte de los servidores incondicionales del capitalismo extranjero



hasta el extremo opuesto de los partidarios de la nacionalización violenta de la industria petrolera. Héctor Malavé Mata, un investigador universitario que ha penetrado algunos secretos del laberinto petrolero, ha dedicado un ensayo al análisis del drama de las contradicciones internas generadas por la incrustación del capitalismo extranjero en nuestra economía. Personajes de ese drama son “dos sectores de antinomia irreductible, perfectamente definidos y mutuamente excluyentes. Uno, con caracteres propios, que conoce los riesgos de la penuria degradante y la mortificación de la miseria; otro, sin originalidad, amurallado entre los privilegios que le otorga el poder político, con riqueza que por cuantiosa es socialmente mezquina”. Y precisando la raíz ideológica de este segundo sector, Malavé Mata dice: “La penetración neocolonialista en Venezuela no se limita solamente a la extracción y el beneficio de los recursos primarios, sino que determina también las prácticas institucionales sobre la misma contextura del Estado o sobre los sectores básicos de la economía nacional, al mismo tiempo que la alta burguesía, en colaboración con los inversionistas extranjeros, moviliza el elenco teórico de su liberalismo”.

La Universidad Central de Venezuela ha roto el tabú petrolero y un grupo de profesores e investigadores –D. F. Maza Zavala, Malavé Mata (ya citado), Pedro Esteban Mejías, Armando Córdova, Francisco Mieres, entre otros– han venido analizando con seriedad científica el problema de la explotación petrolera en Venezuela. En sus estudios, que requieren una mayor divulgación, han puesto al descubierto los mecanismos de la evasión fiscal que en un lustro (1959-1963) alcanza la suma de 5.099 millones de bolívares, la transferencia de plusvalía al exterior que, en igual período, sobrepasa los 15.000 millones de bolívares; y han señalado la contradicción básica del sistema capitalista extranjero con el interés interno de la economía venezolana y la cual consiste en que, a mayor avance tecnológico en la industria petrolera

corresponde una mayor productividad, todo lo cual se refleja en menores ingresos fiscales por unidad producida, en menores inversiones por unidad adicional extraída y en un menor nivel de empleo para una producción cada vez mayor. Es decir, todo avance de la industria petrolera, dado el origen extranjero de los capitales, se traduce en un mayor excedente económico que se transfiere al exterior y en un menor ingreso al interior, ya por la vía fiscal, ya por la vía directa de la inversión interna. Sobre esta contradicción fundamental se afirma el ramaje de una crisis que, siendo estructural en su base, se acentúa o se aleja, según las circunstancias de la coyuntura económica, pero sin desaparecer porque, en su raíz, se mantienen activos los factores de la deformación estructural que la ha engendrado.

Los ideólogos de la burguesía comercialista y financiera asociada al capital petrolero sostienen la tesis ambigua de que la mejor política de hidrocarburos es aquella que mayor suma de beneficios produce al país. Para concretar su tesis parten de la falacia de que el petróleo es una mercancía de libre competencia en el mercado internacional y que el éxito de toda explotación y venta depende del esquema competitivo de los costos, de las garantías que se ofrezcan a la inversión y de la menor cantidad de obstáculos que el Estado interponga en el negocio. De esta manera el petróleo puede concurrir con ventajas frente a sus rivales, puede imponerse en el mercado y reflejar tal éxito en los ingresos fiscales que el Estado, según aquella tesis, se convierte en un socio afortunado. El Estado venezolano debe limitarse, por tanto, a percibir la renta petrolera, a tratar de que esa renta sea mayor sin quebrantar la libre empresa y, finalmente, a administrar esos ingresos para el desarrollo de los sectores restantes de la economía. La idea, muy hábilmente expresada, es la de que si la política de concesiones es desechada, debe sustituirse por otra que garantice al país un ingreso mayor o al menos igual al garantizado por el sistema de concesiones, todo



ello en términos de corto plazo. Esta tesis, y la presión ejercida para su aceptación, ha comenzado por romper aquella plataforma nacionalista iniciada hacia 1960 y ha llegado hasta imponer la fórmula sustitutiva del régimen de concesiones que deje, sin embargo, todo igual que antes: las compañías con la seguridad de seguir en el negocio hasta su agotamiento, el gobierno con un ingreso fiscal que le garantice presupuestos cada vez más altos y a la medida de sus intereses electorales y la alta burguesía segura de que bajo el rubro de partidas para el desarrollo económico, continuará usufructuando los privilegios que le garantiza un poder político modelado según la medida de sus intereses de clase.

Juan Pablo Pérez Alfonzo sigue de asesor: su moderación y prudencia se han limitado a pedir que los expendios de productos refinados en el país sean administrados por la empresa nacional de petróleo en un porcentaje moderado. El gobierno lo decretó así, pero ni esto conceden de buena manera las compañías petroleras, al parecer no dispuestas a que la Corporación Venezolana del Petróleo prospere ni siquiera como una simple distribuidora de productos.

El petróleo se desliza también en la educación hasta dominar en algunas de sus esferas e influir en la política general educativa del país, no solo porque existen numerosas escuelas primarias creadas y subvencionadas por las compañías, ni porque en las ciudades proliferan los institutos venezolano-americanos adonde la burguesía envía sus hijos, sino porque en el presupuesto de propaganda de las compañías se incluyen generosas partidas para colegios, universidades e instituciones culturales, así como para el financiamiento de investigaciones, becas para cursar estudios en institutos norteamericanos, filmación de documentales de interés científico o turístico, fundaciones culturales y científicas, mesas redondas, seminarios, conferencias, ediciones, programas radiales

y televisados, formas que sirven todas a un objetivo preciso: penetrar en las escuelas, en los colegios, en las universidades, en las instituciones de la cultura, en los hogares, en la conciencia y en la mente de los venezolanos sobre los cuales, día y noche, se ejerce el influjo de las más sutiles técnicas que la propaganda psicológica ha logrado crear para convencer, adormecer o neutralizar a una sociedad colonizada.

El país violento (fragmento)

Mucho antes de ser establecidas las fronteras geográficas de Venezuela y mucho antes de ser una república, ya la violencia había sido factor determinante de su historia. La trajo el conquistador español y la respondió el indio con justa causa y mayor nobleza puesto que sus armas eran inferiores y lo que defendía era su propia tierra. Al guerrillero Guaicaipuro lo persiguió y aniquiló el ejército real de Losada, y el capitán Rodríguez Suárez cayó en una emboscada de combatientes criollos. Miguel es, en rigor, el negro primero y Juan Francisco de León obedece a un sentimiento antiimperialista. En los Andes, la violencia de los comuneros estableció el primer antecedente de la invasión de fincas. En el centro, Gual y España fueron los “extremistas” de una frustrada rebelión popular. Nadie más violento que Bolívar, a quien José Domingo Díaz, en un respiro de los realistas, llamó asesino y terrorista, con gran aceptación de ciertos “honorables” caraqueños. A Páez lo llamaron azote cuando sustituyó a Boves en la conducción de las huestes llaneras, porque su violencia era la del pueblo; al mismo Páez lo llamaron salvador cuando, en nombre de las clases dominantes, desarrolla la violencia que terminó perdiéndole. Y al más violento, Ezequiel Zamora, lo frustró la violencia de una bala que va a recibir las bendiciones de Juan Vicente González, un escritor equivocado. La violencia, después de la Guerra Federal, se hizo escaramuza en las reyertas

del caudillismo, del caciquismo y del atentado palaciego, hasta llegar a Gómez.

Mariano Picón Salas despachaba todo esto de la violencia diciendo que nuestro pueblo es “levantisco”. Sin embargo, hemos comprobado en las páginas anteriores que este pueblo, lejos de ser levantisco es paciente hasta extremos imponderables: la Emancipación fue el banquete de los “mantuanos”, la Federación hizo a los generales más ricos y a los campesinos más pobres. Guzmán fue un demagogo, Cipriano Castro un libidinoso y Gómez un terrateniente cruel. Se descubrió el petróleo, llegaron la Standard y la Shell, la burguesía comercial y los terratenientes les sirvieron de mampara, y el imperialismo hizo las delicias de los Valladares, los Gómez, los Boulton y tantos otros apellidos intermediarios entre los nuevos colonizadores y la riqueza nacional. El pueblo, al decir campechano del general Gómez, “estaba callado”.

La violencia, sin embargo, estaba latente porque no se había resuelto para los venezolanos el problema fundamental de ser independiente. Mucho hizo Bolívar, bastante hicieron Zamora y Falcón, pero seguía en pie la razón de la violencia: una sociedad compuesta por explotadores y explotados no había alcanzado la autonomía para decidir su vida, su fortuna y su destino.

La violencia tuvo una memorable eclosión en 1928. Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva, Raúl Leoni y, en general, los estudiantes universitarios de la época, recogieron la antorcha de Guaicaipuro, de Andresote, de Gual, de Bolívar, de Zamora. Apenas habían trascendido la adolescencia y arriesgaron la vida contra la tiranía: su violencia era la del pueblo y, como tal, fue calificada de terrorista por el ministro del Interior de entonces a quien corresponde el “honor” de ser el primer reaccionario

que empleó el expediente del “anticomunismo” para justificar atropellos y desafueros.

En 1936, a raíz de la muerte del dictador, la violencia popular tuvo oportunidad de ser revolución, pero Rómulo Betancourt aceptó la continuidad “con el pañuelo en la nariz” y Jóvito Villalba, en nombre de obreros y estudiantes, se dejó embaucar por Eleazar López Contreras quien, luego, los expulsaba del país bajo la acusación de “agitar las masas, alentándolas a la revuelta y a la violencia revolucionaria, hasta llegar al atentado personal, al incendio y al saqueo de fincas urbanas y rurales pertenecientes a servidores del viejo régimen. Necesariamente estos desmanes –añade López Contreras en su justificación– contra los ciudadanos y la propiedad privada obligaron a las autoridades civiles, políticas y militares a intervenir enérgicamente para contenerlos y reprimirlos, con un doloroso balance de muertos y heridos”.

Vuelve la violencia en 1945 y Acción Democrática, olvidada del “hilo constitucional” asciende al poder llevada por un golpe militar, pero lejos de luchar por un cambio revolucionario, Rómulo Betancourt suscribe con Nelson Rockefeller un acuerdo para establecer empresas industriales mixtas que amplíen los negocios de este último hacia los sectores agrícola e industrial.

La violencia en 1948, apoyada por el partido socialcristiano Copei y por URD concluye con la caída de AD y con la instalación de una dictadura cuya represión arroja un saldo no menor de veinticinco muertos, sin incluir la masacre de Turén.

El 23 de enero de 1958 culmina un proceso de violencia iniciado por la izquierda diez años atrás y apoyado, en las últimas horas, por la burguesía y el Ejército. Como en 1936 y en 1945, la violencia pudo haber fructificado en revolución. Sin embargo, no sucedió



así y el gobierno fue controlado por la alta burguesía que, habiendo lucrado en tiempos de Pérez Jiménez, se presentaba ahora como salvadora. El resultado fue Betancourt quien, para neutralizar los grupos reaccionarios de poder (curas, militares y yanquis) comenzó vociferando un anticomunismo histérico (recordemos al ministro del Interior de Gómez) un intocable “hilo constitucional” (recordemos “el pañuelo en la nariz”) y finalmente una pintoresca y desvergonzada condición de súbdito yanqui que, mezclando lo dramático con lo ridículo, produjo el estancamiento y castración de la Corporación Venezolana de Petróleo, el endeudamiento externo, la entrega de la explotación del aluminio a la Reynolds, del hierro a la Koppers, el odio oficial a Cuba y el hábito muy puertorriqueño de intercalar expresiones en inglés dentro de la conversación en español. Este personaje puede enorgullecerse de haber sido el primer presidente de Venezuela que concluyó su período con un saldo de 300 muertos políticos (no se cuentan los saldos de acciones armadas: Barcelona, Carúpano y Puerto Cabello) por acción represiva, más de diez periódicos clausurados; un balance de diez mil presos políticos durante los cinco años y dieciocho parlamentarios inconstitucionalmente detenidos y secuestrados. Si el de López Contreras ha sido llamado el “quinquenio socarrón”, bien pudiera llamarse el de Betancourt el “quinquenio violento”.

La violencia en Venezuela no ha concluido. Sus raíces históricas alimentan todavía su follaje profuso. Venezuela sigue siendo un país de minorías explotadoras sobre mayorías explotadas, y sigue siendo, dentro de un proceso dinámico de enajenación, un país que no tiene la autonomía ni de su vida, ni de su fortuna, ni de su destino. Si para su expresión más reciente –esta que vivimos– tuviera algún sentido investigar su origen, allí están aquellos tres primeros muertos abaleados por la policía durante una manifestación pacífica en agosto de 1959. Pero a poco de ahondar

en nuestras averiguaciones tropezamos con aquellas raíces afirmadas en la historia y en la deformación estructural: los tres caídos eran obreros y la manifestación era de desempleados. Un gobierno cuyos compromisos con las minorías privilegiadas y con el capitalismo extranjero le impiden ir al cambio de estructuras verá crecer ante sí el problema del desempleo, y solo tendrá a mano la policía para silenciar sus explosiones sociales, y como estas son intermitentes, forzadas por una situación de desequilibrio y estimuladas por el hambre y la desesperación, el expediente policial se irá convirtiendo en la única política de contención de masas a la cual puede acudir un gobierno cuyas posibilidades reformistas no permiten remediar a fondo y extirpar la raíz del mal. Esta es la razón por la cual Rómulo Betancourt, llevado al poder por el voto de las mayorías, traiciona a estas mayorías y fundamenta su acción represiva sobre dos postulados: “Las calles son para las fuerzas del orden público” y “hay que disparar primero y averiguar después”.

Lo que comenzó circunstancialmente con aquellos tres venezolanos asesinados al salir de la plaza Concordia, se desarrolló con la voracidad de un vertiginoso incendio atizado por acciones y reacciones que convirtieron la “democracia representativa” en una funesta agencia de violaciones al derecho y a la dignidad humana y forzaron a organizaciones políticas que durante años venían demostrando su vocación por la lucha cívica y soportando persecuciones, prisiones, exilios y torturas por la democracia, a gestar un movimiento armado para asegurar su subsistencia y garantizar su continuidad en la lucha revolucionaria frente a la decisión de aniquilamiento adoptada por un gobierno que no daba cuartel. Pero no nos engañamos, los errores de Betancourt y los disparos de los policías fueron solo el detonante de un explosivo cuya carga viene alimentándose con todas las frustraciones de nuestra historia. El drama por él desatado no era un episodio circunstancial sino un episodio decisivo en el destino histórico de Venezuela. Un proceso envolvente, que en los

primeros años afectaba directamente a dos organizaciones políticas (Partido Comunista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y al Gobierno que las combatía, hoy afecta y conmueve a la sociedad entera, comprometida inevitablemente en la alternativa de la violencia y de la pacificación. La violencia en Venezuela anda por las calles y por los campos. Sus manifestaciones han sido, como todas las manifestaciones de la violencia, sobrecogedoras, terribles, destructoras. Esas manifestaciones se enhebran en un círculo vicioso y sangriento cuyo saldo se mide con sacrificio de vidas y de bienes. Casi dos lustros de violencia se han necesitado para que aun las más impermeables capas de la sociedad venezolana se convenzan de que la solución del problema no está en la represión policial y militar.

ÍNDICE

DEL PIEDEMONTE A NOSOTROS	10
<i>CARTAS A SEBASTIÁN PARA QUE NO ME OLVIDE</i> (1988) [SELECCIÓN]	
Un amigo	13
El patio de la abuela	13
La libertad	14
El caballo de Bolívar	14
<i>EL NIÑO Y EL CABALLO</i> (1987) [SELECCIÓN]	
Cómo se hicieron amigos el niño y el caballo	17
<i>MIGUEL VICENTE PATA CALIENTE</i> (1971) [SELECCIÓN]	19
<i>COMPAÑERO DE VIAJE</i> (1970) [SELECCIÓN]	
Las lagunas tienen el color puñal	31
Un muerto que no era el suyo	32
Compañero de viaje	40
Las manos del Chema	43
<i>NARRATIVA VENEZOLANA CONTEMPORÁNEA</i> (1972)	
A confesión de parte... (<i>nota previa</i>)	52
<i>VENEZUELA VIOLENTA</i> (1968) [SELECCIÓN]	
Nuestro señor el petróleo (<i>fragmento</i>)	55
El país violento (<i>fragmento</i>)	63



www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve



@perroyranalibro



Editorial perro rana



Editorial el perro y la rana

perroyranalibro



Editorial El perro y la rana

PUEBLO que lee
no come cuento



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

